

-- UNIVERSIDAD DE MURCIA --



VIVIR ES FILOSOFAR

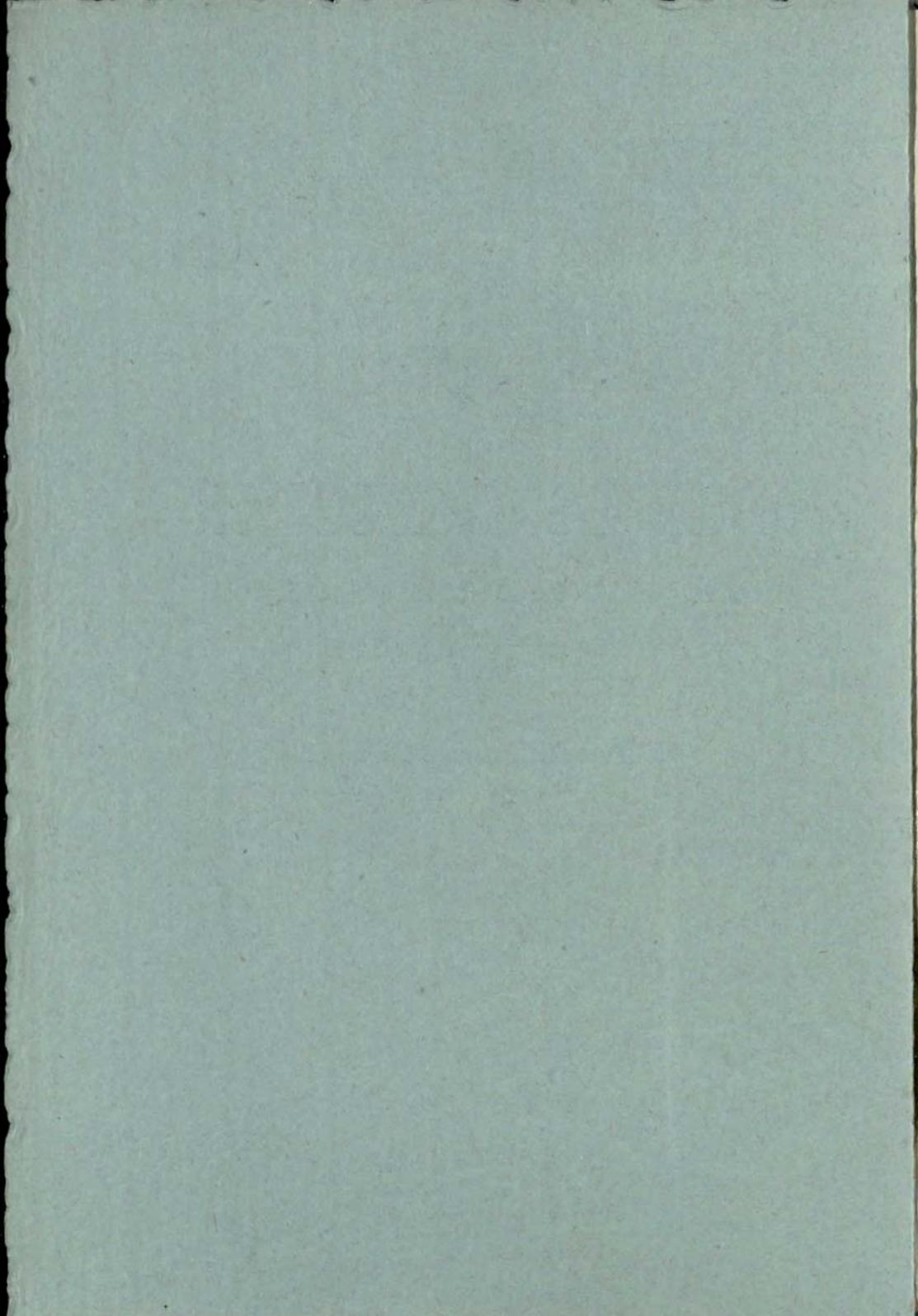
DISCURSO LEIDO EN LA SOLEMNE APERTURA
DEL CURSO ACADEMICO 1942-1943

POR EL

DR. D. EMILIO HUIDOBRO DE LA IGLESIA
CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA



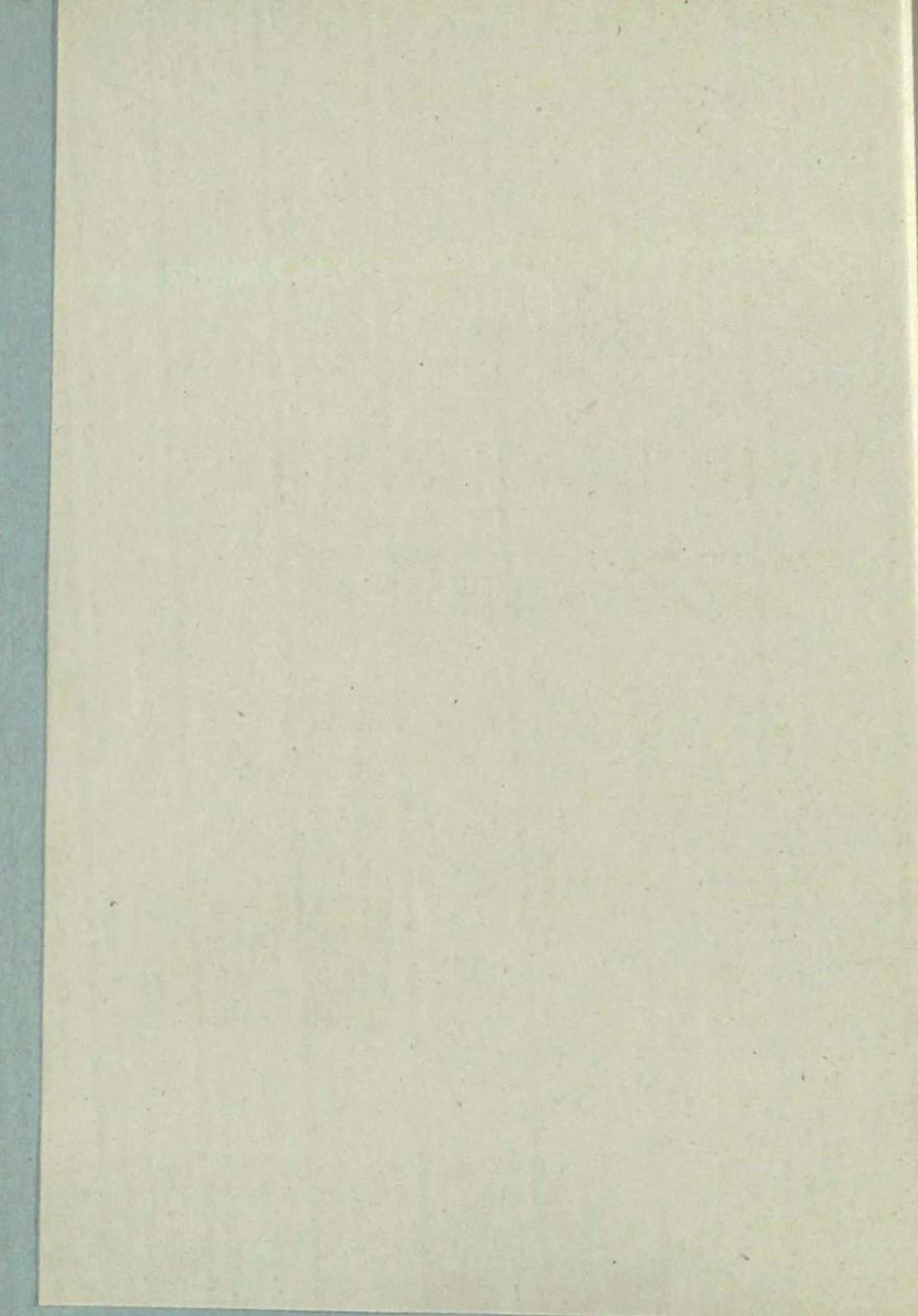
MURCIA
TIP. SUCS. DE NOGUÉS
1942



Esta vida es una barca. Ya
lo dijo Caldean de la M.

El autor

VIVIR ES FILOSOFAR



600
761

-- UNIVERSIDAD DE MURCIA --

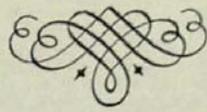


VIVIR ES FILOSOFAR

DISCURSO LEIDO EN LA SOLEMNE APERTURA
DEL CURSO ACADEMICO 1942-1943

POR EL

DR. D. EMILIO HUIDOBRO DE LA IGLESIA
CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA



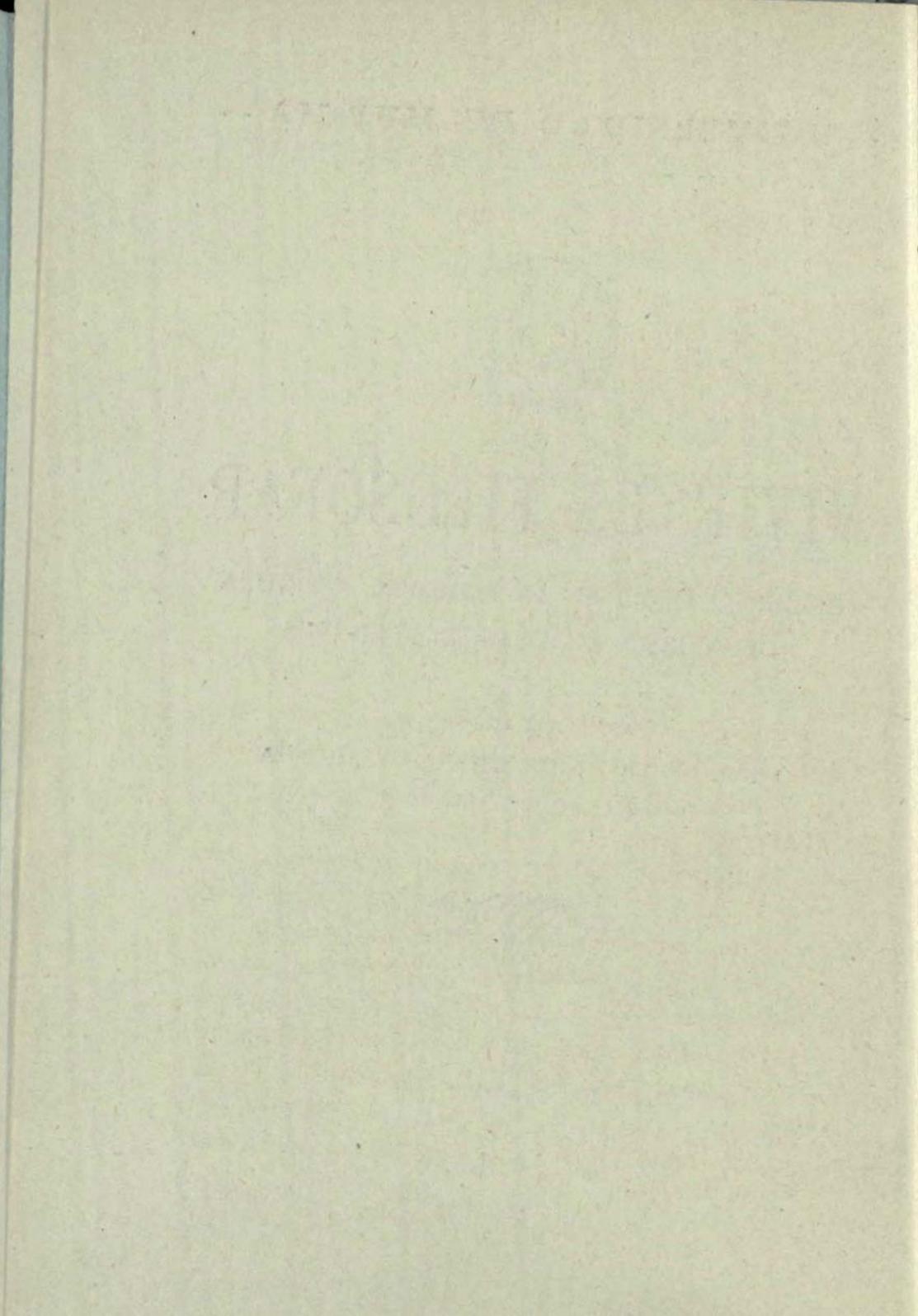
Univ. Murcia

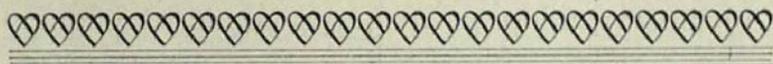


1756503

52643

MURCIA
TIP. SUCS. DE NOGUÉS
1942





Excelentísimo e Ilustrísimos Señores,
Ilustre Claustro Universitario,
Honorables representaciones y alumnos,
Señores:

De dos clases de asuntos por precepto legal e inveterada costumbre se da cuenta en este solemne acto.

Una anecdótica de la vida diaria del curso que fina; hechos acaecidos en relación con la existencia del Centro, movimiento del personal que viene a convivir con nosotros; deseos de serles gratos y esperanzas de que con su personalidad mantengan y eleven su nivel cultural; despedida y deseos de que las mejoras que obtengan los que al marcharse logran sus aspiraciones, compense la amargura que su separación nos produce.

Otra científica, como a modo de resumen del tra-

bajo realizado o promesa del que se ha de realizar en el futuro, con satisfacciones de haberlo logrado o deseos y esperanzas de lograrlo.

El discurso que os voy a leer se separa por imperativo de las circunstancias del trabajo ordinario en estos casos, ese discurso científico producto de la investigación; no es la cosecha obtenida en el pasado curso, es la siembra que preparo para el que empieza y por eso en él os invito a que vengais conmigo, alumnos y no alumnos, al campo de la Metafísica a realizar la labor de desfonde de nuestras inteligencias y preparado el terreno convenientemente sembraremos las ideas que más interesan al hombre, las que le lleven al conocimiento del Ser Supremo principio y fin de todo lo existente.

Es el curso que ha terminado de júbilo para la Universidad de Murcia. Dos hombres de mérito extraordinario y de acendrado amor por la Universidad rigen sus destinos, y para ambos la preocupación es el engrandecimiento de la misma hasta verla tan completa como la primera de la Nación. El uno desde la Dirección del Ministerio y el otro desde la Dirección de esta Casa no cesan en sus desvelos por el logro de sus aspiraciones. He nombrado a los Excmos. Señores Don José Ibañez Martín, Ministro de Educación Nacional y a nuestro queridísimo Rector Don Jesús Mérida Pérez. Para ambos nuestro agradecimiento y nuestro cariño. La Universidad y la ciudad de Murcia es-

tarán siempre en deuda de gratitud por la labor por ellos realizada.

Es ya una realidad la construcción de una magnífica Facultad de Ciencias con un elevadísimo presupuesto librado ya en parte y destinado a la compra de material ya adquirido.

Se han recibido otros importantes libramientos con los que se han comprado grandes cantidades de material para laboratorios de química y todas las casas que rodeaban y ahogaban el recinto Universitario y hasta fuera de él, como el llamado huerto de «San José» en cuyo solar se construirá en fecha próxima un magnífico Colegio Mayor cuyo proyecto ya está aprobado y todavía apuntan otros proyectos y nuevas mejoras.

En el curso que ha finalizado han cesado en esta Universidad D. José Santa Cruz Teijeiro, Catedrático de Derecho Romano, por pasar a la misma Cátedra de Valencia. D. Vicente Gómez Aranda, Catedrático de Química Orgánica que pasa a la Universidad de Zaragoza. D. Valentín Silva Melero, Catedrático de Derecho Procesal que pasa a la Universidad de Oviedo y D. Francisco Elías de Tejada Spínola, Catedrático de Filosofía del Derecho que pasa a la Universidad de Salamanca; para todos ellos nuestro recuerdo y la expresión de nuestro sentimiento por la separación.

Vienen a este Centro a compartir con nosotros nuestra labor D. Juan Sancho Caner, Catedrático de

Química trasladado desde la Universidad de La Laguna y los Sres. D. José Orlandis Rovira, Catedrático de Historia del Derecho y D. Luciano de la Calzada, Catedrático de Historia de España, que tras recientes y brillantísimas oposiciones van a iniciar sus tareas en este Centro. Para todos ellos nuestro saludo de bienvenida y nuestra leal colaboración.



Han continuado en el pasado Curso las labores culturales del anterior en relación con el espíritu que anima al Nuevo Estado y al modo de ser de nuestra Patria, prosiguiendo los Cursos de Cultura Superior Religiosa a cargo del Rvdo. P. José Caballero, S. J.

También y correspondiente a la Facultad de Filosofía y Letras, se han dado Cursos sobre Estética y sobre Luis Vives, explicados por los Catedráticos de esta Universidad Doctores Don Santiago Montero Díaz y Don Manuel Batlle Vázquez.

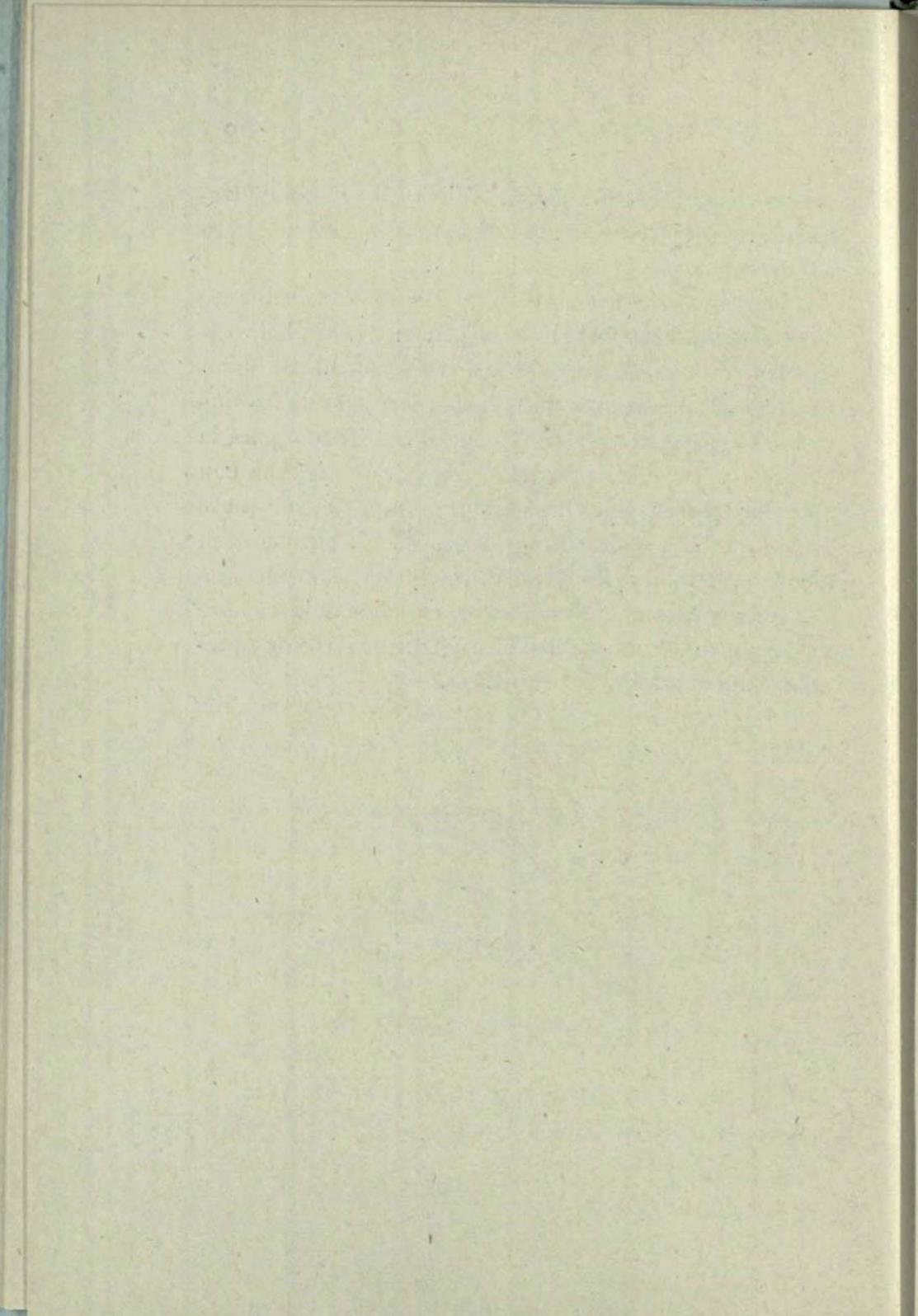
Mención especial merece la Fundación en nuestra Universidad del «Premio Manuel Fernández Gordillo» instituido en memoria del Ilustre Magistrado que tanto amor demostró por la enseñanza.

Mediante este Premio, se costeará anualmente el Título de Licenciado a dos alumnos de las Facultades de esta Universidad, que carezcan de medios econó-

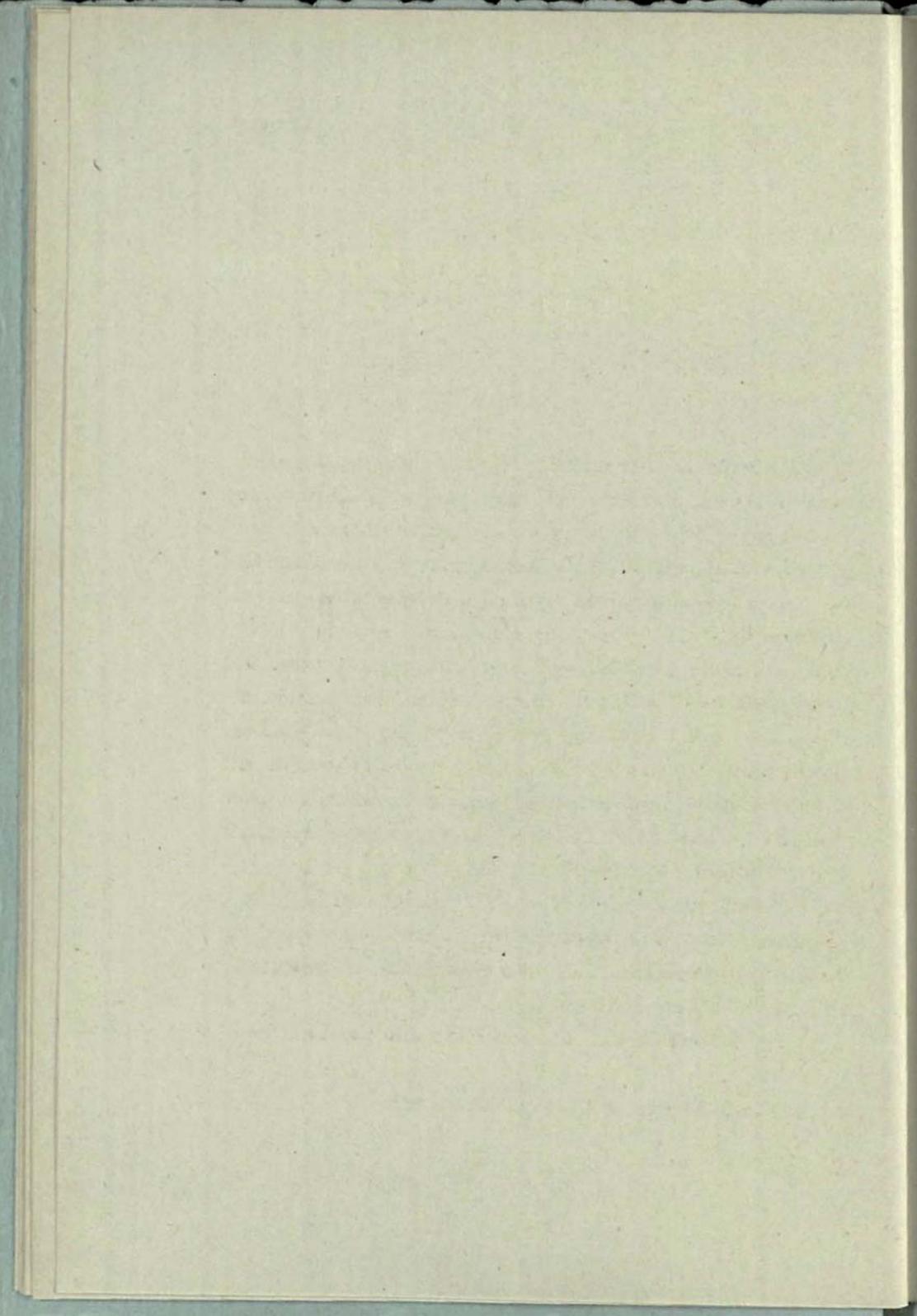
micos y lo merezcan por su aplicación y comportamiento. La Universidad de Murcia quedará siempre agradecida a tan generoso donante.

La Universidad encauzando el noble sentimiento de aplicación manifestado por el S. E. U. ha dado toda clase de facilidades para la instalación en su recinto de dos Laboratorios de Química aplicada de los que pueden esperarse muy beneficiosos resultados para la Ciencia y para la industria regional. Regístrase con singular placer esta iniciativa que muestra el recto sentido y elevación con que el S. E. U. entiende su labor, mostrando realidades universitarias que una vez más ponen al descubierto a aquellos falaces que no alcanzan a comprender el espíritu generoso y netamente universitario del S. E. U.





VIVIR ES FILOSOFAR





La literatura francesa nos ofrece una página deliciosa en que Moliere nos describe el asombro de M. Jourdain ante un impensado descubrimiento. Ha puesto sus aspiraciones de nuevo rico en una dama de alcurnia. Para declararse a ella, hay que escribir un billete muy ingenioso; y de ese apuro solo le puede sacar un abate galante. — ¿Cómo queréis el billete de amor? ¿en verso o prosa? — ¿Qué será eso? piensa el nuevo rico. — La palabra «prosa» le parece más sonora que la palabra «verso». Y escoge la prosa. Y recibe el billete, y le lee asombrado y exclama: Y bien, toda la vida me he pasado yo hablando prosa sin saberlo. Qué descubrimiento tan sorprendente.

Pues un descubrimiento semejante vais a hacer vosotros, benévolos oyentes, en estos veinticinco o treinta minutos. Pero, aunque semejante en la forma, no será baladí en el fondo.

Hay una especie de axioma, conocido de toda persona culta:

Primum vivere, deinde philosophari.

Lo primero y fundamental es vivir; y después cuando la vida permite ocio para dedicar la actividad del pensamiento a algo que no sea el pan nuestro de cada día, solo entonces se puede hablar del ocio del filosofar.

Pues bien, frente a ese axioma por todos aceptado váis a descubrir por vosotros mismos esta otra verdad, que encontraréis luego evidente:

Vivere est philosophari. Vivir es filosofar.

Quiere decir que filosofamos con la misma naturalidad con que vivimos, con la misma naturalidad y necesidad con que respiramos. Vais a descubrir que el hombre es un animal metafísico.

Y como gracias a la fecundidad de los idiomas, organismos vivos, somos dueños de formar nuevas palabras cuando son necesarias y están bien formadas, además de filosofar creo necesario introducir esta nueva palabra más expresiva: «metafísicar». El hombre por naturaleza no sólo hace filosofía cuando vive porque vivir es filosofar, sino que hace metafísica, es decir, expresando las dos palabras en una, el hombre *metafísica* cuando vive: vivir no solo es filosofar, sino *metafísicar*. Metafísicamos todos en nuestra vida. Metafísican los enemigos de la metafísica; metafísican los científicos que sonríen ante la metafísica; metafísican los animales; metafísican los mismos astros del firmamento.

La metafísica de las señas. La historia nos cuenta

una anécdota que nos revela cómo ya en la antigüedad, en vida de Platón, se dieron cuenta los escépticos que el mero hecho de hablar era hacer afirmaciones dogmáticas, metafísicas, porque el que habla cree en lo que habla, cree en la realidad tras la apariencia; y la admisión de realidad tras la apariencia es la metafísica. Pues bien, dándose cuenta de esta implicancia de la metafísica en el hablar, un agudo escéptico, Cratilo, para no ponerse, hablando, en contradicción con su sistema, se contentaba con mover el dedo, haciendo con él señas negativas. Pero el incauto Cratilo no veía que el mover el dedo haciendo señas negativas, que las señas negativas digitales son signos de un pensamiento y de una afirmación con tanto valor como los signos acústicos o de la palabra.

Por lo dicho hasta aquí y por el modo de decirlo, os daréis cuenta que no pretendo traer a vuestra consideración complicadas elucubraciones, como suele hacerse en esta ocasión, pero que deben hacerse únicamente en monografías que lean los profesionales en el retiro de su estudio. En un discurso y ante no profesionales hay que presentar un tema y emplear un lenguaje que pueda ser fácilmente digerido en media hora de atención al disertante.

Ved pues cómo todos metafisicamos. Ya habeis visto por la anécdota de Cratilo, que vivir es metafisicar.

La metafísica de las ciencias. Ved ahora, vosotros ilustres colegas científicos, cómo vosotros ofrecéis la

prueba más rotunda y contundente de la existencia de la metafísica.

Suprimid la metafísica, y toda vuestra física se desvanece como el humo. Y es que vosotros científicos, que creéis fundaros únicamente en la experiencia, vais siempre más allá de la experiencia; vosotros los que pretendéis quedaros en lo físico, invadís constantemente el terreno de lo metafísico. Reparad en la experiencia más sencilla. Para probar que el frotamiento engendra calor, decís: Haced la experiencia, frotad una piedra con otra, y veréis cómo a pocas frotaciones ambas piedras se han calentado. Y concluís experimentalmente: el frote engendra calor.

Pero examinad atentamente vuestra experiencia, porque, como hemos dicho que el hombre es un animal metafísico, es muy posible que en vosotros físicos se haya deslizado subrepticamente el metafísico. Ved. ¿Qué es lo que dice la experiencia? Esto solamente: que al frote de las piedras sigue su calentamiento. El tacto comprueba que antes del frote las piedras estaban frías y después del frote están calientes; comprueba que al frote ha seguido el calentamiento. Eso es todo lo que la experiencia comprueba: eso y nada más. Pero ¿es eso solo lo que vosotros científicos afirmáis? No os contentáis con afirmar, como prueba la experiencia que al frote sigue el calor, sino afirmáis, lo que no comprueba la experiencia, que es el frote el que engendra el calor.

Y bien, diréis, ¿cuál otra puede ser la causa del calor? El que no es y no puede ser otra, eso no os lo dice la experiencia, sino la razón que va más allá de la experiencia.

Esta invasión de la física en el campo de la metafísica se verifica en todas vuestras leyes físicas experimentales. Examinad cualquiera vulgarísima: el calor dilata los cuerpos. Base inicial de esa ley: las experiencias que así lo comprueban. Pero reflexionad: ¿cuántas experiencias habéis hecho? Seguramente millones, y en todas, decís: «el calor dilata los cuerpos». Advertid primero, como al tratar del frotamiento, que la experiencia solo dice que a este, aquel calor sigue la dilatación de este o de aquel cuerpo. Mas reparad en segundo lugar, que vuestras experiencias, por muy numerosas que sean, siempre son finitas, limitadas, que no habéis experimentado toda la naturaleza, ni en la tierra ni en todo el universo. Lo único que la experiencia os dice es que a este calor sigue la dilatación de este cuerpo. La experiencia solo os da: este, ese, aquel. Pero vuestra ley dice: *no este, ese, aquel* calor dilata este, ese o aquel cuerpo, sino *el* calor (universalmente) dilata *los* cuerpos (universalmente).

En este sencillo cambio que hacéis de este, ese, aquel por el universal, *el, la, los, las*, habéis pasado del campo de la experiencia y os habéis internado en el campo de la metafísica.

Mas ese procedimiento, ese tránsito, decís, es una

cosa natural, necesaria. ¿Con que es cosa natural y necesaria ir más allá de la experiencia física? observáis. Pues bien, os replico, eso quiere decir que la metafísica es natural, necesaria, que la practicáis como la cosa más natural y necesaria; eso es confesar que no se puede hacer física sin hacer metafísica.

Pero, insistiréis, eso no es sencillamente otra cosa que suponer la uniformidad del modo de obrar de la naturaleza. Eso es suponer que si la dilatación se produce en los casos más variados que se pueden experimentar, es por alguna razón, porque todo tiene su razón de ser y la razón de ser no puede ser otra que la naturaleza y la naturaleza y sus leyes son constantes.

Muy bien, contesto. Pero advertid: ese principio «todo tiene su razón de ser», ¿os habéis preocupado alguna vez de comprobarle en y demostrarle en física? Le suponéis razonable, aceptable, digno de confianza. Pues bien, sabed que ese principio «todo tiene su razón de ser» es el principio básico suficiente de la metafísica, como lo es de la física, como lo es de toda ciencia.

La metafísica de los planetas. El año 1871 el astrónomo francés Leverrier presentaba a la ciencia francesa una Memoria asegurando que a tenor de las leyes de Kepler, a tantos grados, minutos y segundos, tenía que existir un planeta de determinada magnitud que diera razón suficiente de las llamadas irregularidades de Urano. Y efectivamente antes de un mes el teles-

copio, dirigido por el jesuita Herschel, descubría desde Berlín el astro anunciado por Leverrier en virtud de las leyes de Kepler y del principio de razón suficiente, subyacente a esas leyes, con una pequeña diferencia de minutos. Al telescopio se había anticipado la Lógica iluminada por el principio metafísico de razón suficiente.

La historia se repite. A fines de 1930 y principios de 1931 es el telescopio de Washington el que descubre en el sitio señalado por la Lógica y la metafísica el nuevo planeta que explicara lo que todavía no quedaba perfectamente explicado: y apareció el mayor de los planetas, más grande que todos los demás planetas juntos, el noveno planeta, el planeta Plutón. Y como aún queda algo que explicar en nuestro sistema planetario y en su movimiento, dentro de algunos años o decenas de años, la lógica y la metafísica en nombre del principio de razón suficiente ubicará algún otro planeta, aún más distante, que será descubierto cuando haya aumentado la potencia de nuestros telescopios.

De pasada, incidentalmente, observad que en virtud de este mismo principio de razón suficiente, base de la metafísica, se han hecho durante los últimos decenios todos los descubrimientos de los nuevos cuerpos simples. La química ha hecho aplicación en los últimos decenios del llamado «método de los residuos», según el cual, si se quita de un fenómeno la parte que es efecto conocido de ciertos antecedentes, el residuo

del fenómeno será efecto del antecedente residuo conocido si le hay; si no le hay conocido, será efecto de otro antecedente desconocido. Repase en su memoria el químico cuantos nuevos cuerpos simples han sido hallados de este modo, es decir, en virtud del principio metafísico de razón suficiente, lo mismo que el descubrimiento de Neptuno y de Plutón.

Ahora sed consecuentes y leales. Las irregularidades de los planetas tienen su razón de ser; pero los astros mismos, la tierra, el universo, ¿no exigen su razón de ser? Una casa exige un arquitecto, un reloj, un relojero. Y el maravilloso reloj, regulador de todos los relojes ¿no necesitará relojero? El palacio deslumbrador del universo ¿no necesitará arquitecto?

La metafísica del reloj. Hoy los sabios a la moda se ríen de la sabiduría de Volter (sic).

En una comida de ateos, organizada por Madama Diderot, comía a la derecha de la anfitriona el patriarca Volter. El fino y burlón espíritu francés de la época de la enciclopedia hacía alarde de sí mismo. Cada cual esgrimió la mas aguda e ingeniosa frase para rematar a Dios. Y Volter callaba. Callaba hasta el punto que la anfitriona creyó necesario deshacer el hielo del silencio del maestro.—Y, vos, maestro ¿qué decís? Y Volter tuvo también su frase inmortal

L' univers m' embarrasse et je ne puis songer.

Que cette horloge existe et n' ait point d' horloger.

Ahí tenéis a Dios bajo la forma de relojero del universo. Demostración definitiva para todo ser racional. Si el hombre racional no se hace solo, menos la materia, menos el universo. ¿Con qué lógica las partes del universo exigen explicación y el todo no la exige? ¿Por qué en el primer caso vale el principio de razón suficiente, y en el segundo no? Motivo racional no encontraréis ninguno. Pero ya sabéis la frase inmortal de Pascal: El corazón tiene sus razones que la razón no coce. Es el corazón el que impide a muchos aceptar el principio de razón suficiente.

Sí, señores, con la misma lógica y con el mismo principio de razón suficiente que de Urano se asciende a Neptuno y de Neptuno a Plutón, con la misma razón, de Plutón, de Urano, de Saturno, de Júpiter, de la inmensidad estelar y planetaria ascenderemos a un principio explicativo supremo, que se llama Dios.

Pero consolémonos. Mientras animales racionales, sofisticando con su razón, tratan de negar a Dios, los mismos animales irracionales se encargan de demostrar evidentemente su existencia.

La metafísica de las abejas. Eran los tiempos de la enciclopedia. En una revista europea propuso un matemático a los matemáticos europeos el problema siguiente, en forma que en el fondo viene a ser la siguiente:

¿Qué inclinación se debe dar a un arco para que con el menor material posible tenga la máxima resistencia? La solución de los muchos matemáticos que contestaron fue la misma, aunque el problema es de solución complicada. Entonces el Director de la Revista dijo que su problema no le había sacado de su cabeza, sino que era tomado de la construcción de las celdillas exagonales de las abejas; que él también había hallado la misma solución que los demás colegas; y que evidentemente el problema parecía bien resuelto; pero que creía su deber advertir que la solución dada por las abejas difería de la dada por los matemáticos en algunos segundos de arco.

La discusión que la observación levantó. Vengan ahora, exclamaba un ateizante, los que de la perfección de las obras del instinto deducen la existencia de un creador sapientísimo.

En el coro general de burlas se alzó una voz memorable, la del escocés Mac Claurin. Su confesión tiene acentos sublimes. «Yo también he sacado el problema como los demás colegas; yo sé que en la utilización de datos y en las operaciones de cálculo no me he equivocado. Pero desde que el Director dice que el problema es real, y que las abejas, obras de Dios, le resuelven de otra manera, aunque yo no veo error, tengo que decir que en nuestros cálculos se esconde un error. El hombre se engaña; Dios y la naturaleza, no.

La discusión era para no avanzar ni terminar, hasta que un accidente vino a dar la solución. Un capitán inglés estrelló su barco contra un bajío, señalado en las rutas de navegación. Se le procesó; y el capitán ante las acusaciones y pruebas matemáticas, exclamó: Yo juro por mi palabra de capitán inglés y por mi fe de cristiano, que he seguido fielmente las cartas de navegación. Si sin embargo he chocado, estarán equivocadas las matemáticas.

El error de las tablas logarítmicas. Ante apelación tan solemne, los jueces acuerdan que se revisen las tablas logarítmicas. Se revisan en efecto; y se encuentra que en ellas se había deslizado una errata. Se rectifica la cifra verdadera. Aquella misma mantisa del naufragio intervenía en la resolución del problema de las abejas. Se rehace la operación con la cifra corregida. Las abejas tenían razón; los equivocados habían sido los matemáticos. Mac Claurin lloraba de alegría en una nota en que justificaba su fe, a pesar de que las matemáticas parecía quitar la razón a las abejas.

Pero escuchad y condoleos de ciertas filosofías. Para no admitir como autor de la obra maravillosa de las abejas a Dios, la filosofía evolucionista ha dicho que las abejas allá en los comienzos de su existencia eran tan maravillosos matemáticos e ingenieros como exige la construcción de la obra; pero que, a fuerza de hacer siempre la misma tarea, acabaron por embrute-

cerse hasta el punto de hoy que, sabiendo que pican-
do mueren, sin embargo pican.

La metafísica de la geometría. Pero no solo los animales y las ciencias físicas implican metafísica, sino hasta las mismas ciencias de la extensión, la geometría misma implica metafísica. La geometría se basa en las definiciones de punto, línea, superficie. El geómetra, se imagina que el objeto de su ciencia es algo que entra por los sentidos. Pero reflexiona bien, amigo geómetra, examina la definición que das del punto, de la línea, de la superficie. El punto, la línea, la superficie, que en geometría dibujas sobre el tablero para ofrecer una imagen visual al alumno, está claro que entra por los sentidos de la vista, del tacto. Pero ¿es ese punto que entra por los sentidos, el objeto de la geometría? No; el punto geométrico no tiene extensión ni color, y lo que no tiene extensión ni color, no puede ser percibido por la vista. El triángulo que trazáis sobre el tablero, tiene color, tiene extensión determinada, magnitud determinada, forma determinada. Pero el triángulo geométrico, ¿qué color, qué dimensión, qué forma tiene? No tiene color, ni dimensión determinada. No ha podido pues entrar por los sentidos. Está desmaterializado, está desindividualizado: ¿quién le ha desindividualizado, quién le ha desmaterializado? ¿la materia? No: lo material no puede hacer obra desmaterializadora. En la inteligencia humana, en la ciencia todo se hace constantemente obra des-

materializadora, luego la misma ciencia geométrica implica en su propio contenido la existencia de algo que está fuera de los sentidos, implica lo inmaterial, implica lo espiritual, implica la metafísica.

¿Es o no verdad que vivimos en plena metafísica, que hacen metafísica los mismos que la niegan?. Es que, señores, repetimos, el hombre es metafísico porque es racional; va más allá de los sentidos porque tiene una facultad superior a ellos.

El Rubicón de la metafísica. La metafísica es el Rubicón de la inteligencia. El artículo universalizador, *el, la, lo* frente al individualizador, *este, ese, aquél*, de los sentidos, es el testimonio viviente, luminoso, de la invasión de la metafísica en la vida entera del hombre, en la vida espontánea, y en la vida consciente y reflexiva de la ciencia. Metafísicamos porque vivimos y cuanto más vivimos y progresamos, más metafísicamos. Suprimid la metafísica y habréis recaído en el inmovilismo de los sentidos y del instinto. Maravillosas son las obras del instinto, pero maravillas petrificadas, momificadas, porque falta en sus autores visibles el espíritu metafísico del hombre racional. Suprimid la metafísica y habréis suprimido el progreso.

La visión de relaciones es el Rubicón de la racionalidad y la prueba de la existencia de la metafísica. Conocéís el ejemplo de William James.

Un caballero norteamericano va a dar su paseo en bote; de su casita frente al mar salta al bote. Hace

días que no ha bogado, y el fondo del bote ha hecho agua. El caballero quiere secarla, se inclina y mira en el fondo del bote afanosamente y debajo de los banquillos laterales. Nada; no encuentra la esponja con que acostumbra absorber el agua. El perro nota la infructuosa búsqueda del amo, da un salto a tierra, llega a la casa, entra en la cocina, vuelve, sujeta en su boca la esponja que la cocinera se había llevado a la cocina. ¿Inteligencia del animal? No: asociación de imágenes y memoria. Ha visto varias veces la tarea del secado del agua con la esponja; ha visto ahora el agua en el fondo del bote, ha visto la búsqueda infructuosa de la esponja, a la búsqueda se ha asociado la esponja, a la esponja el recuerdo de haberla visto en la cocina; eso es todo: asociación y memoria.

Pero..., pero suponed que el animal, no hallando la esponja, hubiera traído en su boca un manojo de estopa para empapar el agua. ¿Qué diríais? ¿Mera asociación y memoria? No, seguramente: diríais que el animal tiene inteligencia como el hombre. Habría descubierto en la estopa la cualidad, la aptitud la relación de aptitud para empapar el agua. Esa vista de relaciones abstractas es el Rubicón de la inteligencia, es el comienzo de la metafísica.

La metafísica de la vida. Mas ved ahora, señores, cómo se venga y se introduce siempre de nuevo la metafísica en los mismos que tratan de expulsarla, en la misma filosofía que trata de eliminar la metafísica.

El último grito de la moda filosófica, — ¿qué vergüenza para un catedrático de filosofía tener que reconocer que la filosofía en estos últimos tiempos de progreso y de continuas novedades se ha convertido en cuestión de moda? — El último grito de la moda filosófica es pues la filosofía irracional.

Sobre ella versará el cursillo monográfico que por encargo del señor Rector, y como continuación de este discurso de Apertura de la Universidad, explicaré, no solo para los alumnos de la Universidad, sino para todo el público culto. En él veréis la novísima, la actual actitud de la filosofía, fielmente reflejada, y serenamente criticada con la serenidad que da la experiencia y la lectura de todas las orientaciones de la humanidad culta.

Pues bien, esa filosofía irracional, que en una de sus manifestaciones niega la posibilidad de la justificación de la filosofía, en otra dirección, en la filosofía de la vida, ha encontrado en el fondo de la vida misma el Logos, la Razón, la metafísica. En vez de captar de manera abstracta por el camino de la inteligencia discursiva la realidad, la intuición captará en la realidad misma, que es vida, su justificación supracional. No pretendo con esto justificar la filosofía de la vida; solo quiero que veáis cómo a pesar de todos los esfuerzos de expulsar la metafísica, la metafísica se introduce furtivamente y vitaliza las enseñanzas de la filosofía que la expulsa. La vida, lejos de oponerse al Logos, encarna, implica al Logos.

O metafísica o fideísmo universal. Habéis visto que el principio sin el cual la ciencia no puede justificar una sola de sus aserciones y de sus leyes, es el principio de razón suficiente. Habéis visto que el mismo principio de razón suficientees también el fundamento de la metafísica, el fundamento de la existencia de un alma espiritual, de un Dios autor del universo. Ciencia y filosofía, ciencia y metafísica, ciencia y teología natural, ciencia y religión natural, saber y fe, se apoyan sobre un mismo principio, sobre una misma base. ¿Admitís como verdad el principio de razon suficiente? Queda justificada la ciencia y la metafísica, la ciencia y la religión, el saber y la fe. ¿Amitís el principio de razón suficiente solo como un postulado racional, que siempre se verifica aunque no se pueda dar de él una demostración, a la manera que del postulado geométrico «por un punto fuera de una recta no se puede trazar sino una paralela a una recta?» Entonces la ciencia tiene el mismo fundamento que la metafísica y la teología; entonces tenéis que refugiaros en el fideísmo universal, fideísmo pero racional, justificado, comprobado por la experiencia, sin que jamás se dé un solo desmentido. Con que ya lo sabéis: o metafísica o fideísmo universal, no solo en el campo de la fe, sino también en el campo del saber, en el campo de la ciencia. Ya veis, señores científicos, que si no queréis ser metafísicos, tenéis que ser creyentes universales en todo.

Vivir pues, señores, es filosofar, es metafisicar. Pues bien, según la filosofía que vaya implícita en vuestra vida, así será vuestra vida por regla general, por que, por regla general, es natural que haya acuerdo entre el pensar y el obrar, excepto en aquellos casos, por desgracia demasiado frecuentes, en que la debilidad humana no llega a lo que reconoce la razón humana, o aquellos otros en que filosofía y religión no son sino espejuelos para cazar incautas alondras, para escalar posiciones en gobiernos en que se concede categoría a las ideas.

Consecuencias de las falsas metafísicas. Es pues fundamental en buen gobierno procurar que los gobernados tengan ideología constructora, sana. Las grandes catástrofes de los últimos tiempos han sido productos de ideologías disolventes: si la noble finalidad inicial de la revolución francesa,—un poco de justicia social,—se malogró y se convirtió luego en guillotina de Europa, se debió a las ideologías pervertidas de algunos revolucionarios. Una ideología falsa y radicalmente injusta en materia de propiedad individual originó la represalia socialista-comunista. Una ideología falsa injustamente en materia de propiedad internacional, en el reparto de las materias primas necesarias para la vida moderna de las naciones, preparó la hecatombe más sanguinaria y monstruosa que la humanidad ha visto. Si en vez del statu quo internacional, tan inicuo como el statu quo individual contra el que

se levantó la sabia y justiciera voz de León XIII en la encíclica *Rerum Novarum*, se hubiera proclamado y se hubiera vivido en la convicción ideológica de que el reparto colonial debe estar condicionado por la necesidad y por la potencia colonizadora; si se hubiera vivido en la idea, ya vigente en materia de propiedad individual, que mientras la Sociedad padezca hambre y necesidades, es inaceptable la propiedad de tierras baldías por el individuo; si se hubiera paralelamente establecido en el orden internacional, que no es lícita la posesión colonial en manos de quienes no podrán en decenios explorarla, mientras otras naciones necesitadas carecen en absoluto de acceso a las materias primas, ah, señores, en tal caso no estaría el mundo expuesto a la alternativa a que le ha condenado un árbitro de los destinos de media humanidad.

Es verdad, señores, que no es el timón quien impulsa la nave, sino el viento; y el timón es la inteligencia; y los deseos son el viento. Pero también sabéis que las ideas no son juegos de circo con bolas o entretenimientos con pajaristas de papel, como decía nuestro gran malabarista del pensamiento, D. Miguel de Unamuno. Las ideas son fuerzas, las ideas son engendradoras de aspiraciones, de las aspiraciones más grandes de la humanidad. La diferencia de ideologías engendra en la misma empresa el noble idealismo de D. Quijote y el menguado materialismo de Sancho Panza; la diferencia de ideología engendraba en la nobilísima

empresa de las Cruzadas o un Godofredo de Bullón, o la nube de estraperlistas y saqueadores que frustraron el nobilísimo ideal de las Cruzadas; la diferencia ideológica explica el nobilísimo desinterés individual de la mayoría y la conducta explotadora de una minoría que comerciaba con el valor y con la sangre de nuestros guerreros. Preguntad a los verdaderos capellanes, a los apóstoles, a los mártires, por la diferencia entre militares y militares durante la cruzada. Qué lección más terrible y útil recogeréis.

La tarea de la posguerra. Es pues la transformación de la ideología. Eso lo ha comprendido la alta jerarquía eclesiástica, y lo ha comprendido así mismo el nuevo régimen. En la conciencia de los supremos dirigentes eclesiásticos suena como un clamor de muerte aquella frase del último Primado de las Españas: «Hemos ganado la guerra; pero hemos perdido el sexto y el séptimo mandamiento». Y si en el sexto y en el séptimo se pierde la batalla, se ha perdido la paz. De ahí el esfuerzo titánico de Iglesia y Estado por restablecer el imperio de la moralidad y el imperio de la justicia social.

La enseñanza del pasado. Pocos años antes de la revolución francesa un fraile clarividente, el P. Ceballos, escribió una voluminosa obra en varios tomos, cuya lección puede condensarse en solo el título: «*La falsa filosofía crimen de Estado*». La revolución francesa se encargó de comprobar pocos años después la

exactitud del título y nosotros acabamos de sentirlo en nuestras propias carnes en la guerra, cuyas consecuencias aún lloramos.

Es pues absolutamente indispensable formar en todo estudiante y en todo universitario una ideología sana y verdadera. Aun con ella habrá traidores y vividores; pero sin ella nada bueno se puede esperar.

La metafísica en la Universidad. la enseñanza de la filosofía en la Universidad no se debe reducir únicamente a los estudiantes de Letras: es menester que se extienda a todo Universitario. ¿Qué se puede esperar de un derecho sin sana filosofía? Y en los científicos hay que acabar con esa unilateridad nefasta que ha sido y sigue siendo la característica de la enseñanza científica. El científico tiene que ser antes que nada hombre en el sentido pleno de la palabra: animal metafísico, animal religioso. Es menester que para todos los científicos sea condición sine qua non el estudio de los conceptos fundamentales de filosofía y religión; y a su vez es necesario que los filósofos suplan también su unilateridad con aquella asignatura que más contribuye a su equilibrio: con el estudio de la biología. Hay que realizar en la enseñanza la pluralidad unificada que se da en el hombre: filosofía pero con fisiología; ciencias pero con filosofía.

El peligro de la enseñanza. Más, al acometer la empresa de generalizar en todo estudiante universitario una sólida y sana orientación filosófica, hay que

precaerse contra un peligro muy natural en las reacciones. Como la filosofía extraviada ha desencadenado catástrofes sobre la humanidad, se piensa volver a la filosofía tradicional. Y aquí es donde está el gravísimo peligro: el peligro de querer enseñar en el siglo 20 lo que en el siglo 13 y como en el siglo 13. A los que se escandalicen de esta expresión, les recordaré una frase de un autorizadísimo tomista, el dominico Sertillanges, que ha escrito de Santo Tomás la frase siguiente: Si hoy volviera a la vida, apenas firmaría una línea de lo que escribió sin retocarlo. El filósofo católico debe ser como Sto. Tomás: antiguo y nuevo. Lo inmutable de lo antiguo, pero eso mismo expuesto teniendo siempre a la vista el adversario del siglo 20. Es menester que cambien de orientación esas revistas que dedican el 99 por 100 de sus páginas a exponer lo antiguo. Así se va al descrédito, al fracaso. ¿Quiénes son hoy aquellos que hacen algo por la filosofía perenne? Aquellos que conocen y estudian a los adversarios del día y no los desprecian con la actitud característica de tantos escolásticos. Mirad: un artículo de Geysler hace más por la filosofía perenne que todas las revistas neoescolásticas y que todos los libros de honda filosofía tradicional. ¿Por qué? Porque conoce la filosofía actual.

Hay que ponerse de nuevo al frente de la marcha ideológica del mundo universitario, y para ello hay que dominar la ideología novísima. El escolástico que así no lo comprenda, no merece ocupar puesto univer-

sitario; ese es tan funesto para la filosofía perenne como aquel desgraciado que, para no tener que confesar los errores de Aristóteles y de Santo Tomás respecto a la materia constitutiva de los astros, se negó a ver por el telescopio las manchas solares.

Vengan pues los doctores de las Universidades Pontificias con sus doctrinas eternas a las Universidades seculares; pero, por Dios, por la santa causa que quieren defender, por la España cuya existencia se juega, que esos tales estén familiarizados con la filosofía moderna. Porque ¿cómo se os ocurre dirigir el movimiento filosófico del día si vuestra curiosidad filosófica se momificó y fosilizó en el siglo 13 con Santo Tomás? No; hay que acabar con el divorcio de dos mundos ideológicos; ni el mundo de los Seminarios y Universidades Pontificias conoce suficientemente a las Universidades seculares, ni estas conocen la filosofía tradicional. Demos nosotros el ejemplo conociéndolos.

Un Estado mayor en la Filosofía. Para ellos se necesita un esfuerzo mancomunado, una distribución de los campos de estudio e investigación. Sería necesario un cuerpo dirigente, un como cuartel general supremo que distribuyera entre los filósofos y escritores más capacitados y conocidos el campo de investigación de los adversarios. De ese modo no sucedería lo que hoy día: lee uno filósofos que fijan derroteros extraviados o dudosos, quisiera conocer las orientaciones sanas, y pasan años, pasan decenios sin que en

los filósofos de la perennidad se encuentren las orientaciones salvadoras.

Conclusión. Henos pues, señores, al fin de nuestra jornada; hay que enterrar aquella falsa máxima «Primero vivir y luego filosofar». No «vivir es filosofar»; más aun, vivir es metafisicar. Y de ordinario salvas las cualidades, salvas las hipocresías que por desgracia no son pocas, y salvas las felices inconsecuencias que son poquísimas, se vive como se filosofa. Mala filosofía, mala vida, o solo delante de Dios, o también delante de los hombres.

Restaurar pues una filosofía sana y fecunda, es preparar la única base de una España Una, Grande y Libre. Todo lo que se hiciera sin sana filosofía, que es decir sin moralidad, sería una farándula hipócrita, un banquete para desaprensivos camuflados; sería cargar la mina potente que el día de mañana, reventando, acabara con esta España de nuestros amores. Dios lo impida.



